

La caracola

por Lola González

Mi madre entró sofocada, empujando el carro de la compra.

—La nueva vecina es una bruja —anunció.

Yo supe inmediatamente que el chisme procedía del supermercado y me asomé a la ventana para ver la escoba. Jamás había visto bruja alguna y hubiera dado el alma por verla a horcajadas, aunque fuese sólo un segundo, cabalgando la barrera. Pero la vecina era una señora muy gorda de edad indefinida que lo único que tenía de particular era que llevaba una sortija en cada dedo. A los pocos días, mi amiga Cristina y yo nos la tropezamos en la calle cuando volvíamos del colegio, la saludamos muy educadas y encantadísimas y ella nos habló y resultó ser una cosa de lo más corriente, pero Cristina enseguida vino con el cuento de que a su madre le había dicho el carnicero que la bruja se llamaba Marguit y que curaba las enfermedades y las penas.

El barrio se dividió en tres mitades: los que creían a ciegas en los poderes de Marguit, los que decían que era una impostora y los cambia-chaquetas. Cambia-chaquetas, pongo por

caso, era mi madre, que creía en Marguit para las conveniencias, por ejemplo, para colocar los huesos en su sitio, para matar los granos que surcaban la cara de mi hermana y para el agua de ortigas del reuma de la abuela, pero en cuanto nos subía la fiebre o vomitábamos mamá llamaba a don Andrés, el médico de toda la vida.

Cristina y yo le éramos fieles y Marguit lo sabía, hasta le defendíamos el nombre y cuando en la escuela decían que se llamaba Margarita, explicábamos a aquellos indocumentados la procedencia exótica-eslava de tan egregio patronímico. Ella nos pagaba enseñándonos las propiedades de las hierbas y dejándonos tocar los amuletos. Nosotras anhelábamos el anillo que tenía una cara de marfil. Marguit decía que ahuyentaba a los perseguidores y que si llevabas puesto

el anillo nadie te podía hacer un mal. También tenía la piedra de jade que espantaba la gripe, pero sobre todo, estaba la caracola. La caracola curaba la tristeza. Yo no entendía cómo una caracola, que es de por sí una cosa tan triste, que si te la pones en la oreja y escuchas las olas del mar allá al fondo se te esponja el corazón, podía curar de la tristeza, pero Marguit aseguraba que sí y debía de ser cierto porque en su casa siempre había colas, principalmente en sábado y domingo, y las colas de los sábados y de los domingos eran siempre de gentes muy tristes, muy tristes, y muy calladas.

Una tarde se alborotó la calle y a la casa de Marguit llegaron hombres con papeles y los municipales.

—¿La llevan presa? —pregunté a mi madre.

—No, pero le han cerrado el consultorio.

—¿Por qué?

—Las curanderas no están permitidas —dijo mi madre y zanjó la cuestión.

Marguit empacó sus cosas y desapareció gorda y silenciosa como había venido. Cristina y yo la despedimos con lágrimas, ella nos regaló a cada una un paquete envuelto con un papel azulina que se caía de hortera y atado con una cinta rosa; el paquete de Cristina era muy chico, el mío era de mayor tamaño. Los abrimos bajo el sauce llorón de la alameda, el de Cristina tenía dentro una cajita de terciopelo sintético y dentro de la cajita estaba el anillo con la cara de marfil, entonces yo abrí el mío enfebrecida... te-

nía un presentimiento... allí estaba, lo adiviné bajo los múltiples papeles que envolvían sus formas.

—¡Es fantástico! —dijo Cristina, poniéndose el anillo. Ahora nadie podrá hacerme un mal.

—¡Fantástico! —dije yo, y apoyé la mejilla en el hueco de la concha.

Nunca hemos vuelto a ver a Marguit, alguien le contó a mi madre que se había establecido en otra ciudad y que había alcanzado una gran reputación; y unas Navidades, Cristina y yo recibimos cada una un pisapapeles de nieve, de esos que son maravillosos y que según los mueves te nievan copos en las manos. El regalo no tenía remite, pero tampoco hacía falta porque ya sabíamos quién nos lo enviaba.

Ahora Cristina y yo tenemos trabajos diferentes pero seguimos siendo amigas. Cristina es azafata y cuando vuela siempre lleva puesto el anillo con cara de marfil, a sus compañeros les dice que es una herencia de familia porque no quiere pasar por supersticiosa, pero yo sé que lo lleva para que nadie le pueda hacer un persegui-

miento.

—¿Quién te va a perseguir allá arriba? —le pregunté un día, riendo.

—Qué quieres que te diga... no sé, chica... pero si yo vuelo, la cara vuela conmigo... por si acaso.

Yo también conservo la caracola, la tengo en el hospital, porque yo, como Marguit, intento sanar las enfermedades y las penas. Las enfermedades unas veces las curo y otras no, pero cuando a mi consulta llega un niño triste llamo a la enfermera y la enfermera trae la caracola, entonces yo me acerco al niño y se la pongo suavemente en la oreja y al poco tiempo el niño sonrío y ya no se acuerda del dolor ni de la pena, porque está oyendo el mar.



TINO GATAGÁN.